

CARTAS DE AMÉRICO CASTRO A MIGUEL DE UNAMUNO UNAMUNO

Letters written by Américo Castro to Miguel de Unamuno

J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS

Universidad Pontificia de Salamanca

RESUMEN: Cartas de Américo Castro (Cantagallo, Brasil) a Unamuno, escritas desde 1914. Todas las cartas y artículos que se reproducen se conservan en el Archivo de la Casa-Museo Unamuno de Salamanca.

Palabras clave: Castro, Américo, Unamuno, Miguel de Correspondencia.

ABSTRACT: Letters by Américo Castro (Cantagallo, Brazil) to Unamuno, written since 1914. All the letters and articles that are reproduced are kept at the Archives of the «Casa-Museo Unamuno» in Salamanca.

Key words: Castro, Américo, Unamuno, Miguel de Letters.

En el archivo unamuniano de la Casa-Museo de su nombre se conservan unas pocas cartas de Américo Castro a Unamuno a las que creo no se ha prestado atención hasta este momento. La categoría intelectual de ambas personalidades, tan distintas, permite pensar que su comercio epistolar encerrará algún interés. Bajo la signatura C4 68 bis podemos hallar 17 piezas, no todas de la misma importancia. Cuando se inicia el epistolario —la primera carta conservada es de 1914— Américo Castro no ha cumplido aún treinta años. Era bastante más joven que Unamuno. Nacido en Cantagallo (Brasil) de padres españoles, se entrega fervorosamente a la filología, siguiendo las pautas de Alemania. Es un joven «institucionista», quien escribirá

a Unamuno bajo membrete —si bien tachado— del Centro de Estudios Históricos. El signo peleón que caracterizó su talante y vida aparece ya en este primer contacto con Unamuno.

El motivo del mismo fué un artículo de Unamuno publicado en *Nuevo Mundo* de Madrid el 5 de diciembre de 1914, titulado «Papeletas a la alemana»¹. Era una sátira, un tanto mordaz, de los nuevos modos de trabajar «a la alemana». Unamuno se ensaña con la nueva «retórica metodológica» o «metodología retórica» del momento, que convierte al hombre en esclavo de sus papeletas para verificar cuántas veces un autor *x* emplea el gerundio. «La investigación es ante todo y sobre todo, papeleteo a la alemana», dice irónicamente Unamuno, y bromea a cuenta de futuros investigadores que contarán cuántas veces usó Unamuno la palabra amigo, árbol, trama, ramplonería, etc... «¡oh la investigación, die Untersuchung!», exclama. Pienso que ni Unamuno ni Castro estaban dotados para la ironía y sí para batallas campales.

Por ello Castro, «triste e indignado» tras la lectura del artículo de Unamuno, le espetaba una no corta epístola, cargada más de indignación que de tristeza, tratando de falsas algunas de sus afirmaciones, de «absurda burla» el artículo entero, de inmoral su ataque a la *Untersuchung*. A cuenta de los nombres de Mommsen, Meyer Lübke, Gaston Paris, Renán, a los que añade el de Menéndez Pidal, Castro defiende apasionadamente la seriedad de la metodología y llega a acusar a Unamuno de contribuir a la muerte del país con su frívolo comentario, «al fomento de los burros que tiran de la noria», de convertir cosas serias en materia de chiste. Pide perdón por su desahogo «íntimo y sincero» y en un capotazo final muestra su irritación por la destitución de Unamuno del Rectorado salmantino: «Y a pesar de ello estoy irritado, porque la cobardía de esa gente que no hacen papeletas, haya impedido *untersuchen* bien y a fondo de la infamia que han cometido con V., claro, como que no tiene V. razón para burlarse de la *Untersuchung*» (Carta 1).

Unamuno debió contestar a esta carta, ya que a esta respuesta alude Castro en su carta de 25 de enero, escrita con tardanza porque estaba en vísperas de oposiciones. Sigue en ella protestando Castro de las «etiquetas despectivas» que Unamuno aplicó al trabajo científico y se enreda en juicios sobre obras filológicas del momento, para acabar recomendándole que, si niega el valor de la ciencia, se mantenga dentro de una concepción romántica del mundo, mas sin humillar a los científicos. «Yo no me ocupo más que de lingüística, eso es mi vida, ése es mi ideal». Para Castro —en 1915— el «horror» de España es el moverse entre dos polos: Cejador y Unamuno. Del primero dice que es un bestia: a Unamuno le llama «hombre grande y bueno», al que defendió en París a principios de siglo ante los hispanistas. A sus treinta años escasos ya apunta en Castro la tendencia a trascender la filología: «reconstruir a través de la historia de la lengua un poco de los nervios y del alma que animan a este pobre y triste esqueleto que es España». Castro se queja de que Unamuno

1. Figura en sus *Obras completas* (ed. Escelicer) I, 972-4.

haya desprestigiado al Seminario de Investigación, sin haberlo siquiera conocido. Le pide respeto por las cosas y que no desprecie la filología. Le invita a conocer el Centro Histórico, a hablar después y hasta a ponerle objeciones, que no sean palabras dictadas «por ese demonio íntimo que tan mal le guía a veces». Desea que la huella dejada en su espíritu por la parte más noble y pura de las obras de Unamuno no se vean empañadas nunca por sensación alguna de injusticia. Termina su carta: «Le quiere profundamente y desea darle pronto un abrazo, Américo Castro» (Carta 2).

Sabido es que Unamuno y Américo Castro, con otros, formaron la comisión española que visitó Italia y el frente italiano durante la Guerra europea de 1914. Al término del viaje, Castro se proponía publicar uno o dos artículos sobre Italia. En efecto el 19 de octubre de 1917 aparecía en *Nuevo Mundo* uno titulado «De Italia» con varias fotografías, entre otras la de la iglesia de los Franciscanos Descalzos de Venecia destruida por el bombardeo austriaco del 24 de octubre de 1916 como igualmente la de Santa María Formosa, bombardeada desde «aeroplanos» el 10 de agosto de 1916. Castro deseaba saber qué pensaba escribir al respecto Unamuno para evitar repeticiones. Termina la carta así: «Créame (a pesar de nuestra constante pelea, quizá por eso mismo), su buen amigo que le admira y quiere»... (Carta 3) en noviembre del mismo año remitió a Unamuno una carta del italiano Mario Puccini. De él se conservan 32 cartas en el archivo unamuniano bajo la sigla 0 8.11 (Carta 4).

El año 1918, al término de la guerra, domina el ambiente el proyecto para la paz de la Sociedad de Naciones. Castro hace de intermediario entre el comité de la «Unión occidental. Asociación anglo-latina de propaganda para la Sociedad de las Naciones» y Unamuno, para incitarle a éste a aceptar la presidencia de honor de la parte española: «se trata de que su nombre aparezca una vez más, como representación de que lo más valioso de España no abandona la causa justa». Secretario del Comité Antoine Petit iniciaría relación epistolar con Unamuno. Existen al menos 2 cartas en el archivo: P 3 17 (Cartas 5). La carta está fechada en San Sebastián, en Aizetzua, la villa de la que hablaba con tanto amor Carmen Castro, la hija de D. Américo. En septiembre de 1918 Castro se queja de la «atonía criminal» del momento y desea que se oiga la voz autorizada de Unamuno, dentro y fuera de España: «Ayúdenos —le dice—, realmente no hay más cera que la que arde» (Carta 6).

Las tres cartas de 1920 de contenido estrictamente filológico no encierran especial interés (Cartas 7-9).

El enrarecido clima político de 1921 deja su huella en el epistolario.

Tres gobiernos se suceden en pocos meses en ese año: Bugallal (3 marzo), Allendesalazar (13 marzo) y A. Maura (14 agosto). A la represión del anarquismo en Barcelona, sigue el asesinato del presidente del consejo de ministros Eduardo Dato (8 marzo), el desastre de Annual (13 julio) y sus derivaciones en cuanto a responsabilidades políticas y militares. El 20 de septiembre el gran medievalista Antonio Solalinde anima a Unamuno a pronunciarse, «usted es el único hombre que claramente nos ilustra y nos dice la verdad» y le dice que cuenta con la simpatía de grupos de jóvenes. Castro añade una breve postdata a esta carta: «Como nunca, nos ahoga el fango, y nadie habla: todos dicen que no es el momento» (Carta 10).

La situación desembocaría en la proclamación de Primo de Rivera del 13 de septiembre y la creación del Directorio. Unamuno comparecería ante un juez militar en Bilbao procesando por injurias a los militares y se le incoaría otro proceso por injurias al rey por sus artículos en *El Mercantil Valenciano*. Al final sería destituido de su cargo de vicerrector de la Universidad salmantina y desterrado a las Canarias. Su furor no conoce límites y se desahoga en una carta privada que aparecerá en Buenos Aires en la revista *Nosotros XVII* (1923), 520-1, dirigida a un profesor español residente en Buenos Aires. Parece ser que anteriormente apareció también en el periódico bonaerense *La Vanguardia*. Alcanzó más tarde gran difusión y se atribuyó su aparición a la mediación de Américo Castro. Su texto íntegro merece ser recordado, ya que dio lugar a las siguientes cartas de Castro a Unamuno. Dice así:

Un grito del corazón: hermosas palabras de un hombre libre.

El gran escritor español don Miguel de Unamuno, ha escrito a un distinguido profesor —también español— aquí residente, la sensacional carta que a continuación transcribimos muy complacidos:

«XI - 1923 —Lo he escrito (se refiere a un artículo) aprovechando la mudez a que me condenan casos bárbaros del suspensorio, los del ganso real que han ido con S. M. a Italia, que tachan ya sistemáticamente lo que lleva ciertas firmas al pie. Que luego, con otra firma o sin ella, pasa sin dificultad. Y luego los miserables esclavos que emborronan ese papel higiénico que se llama *El Sol- Sol!!* —dicen que hay libertad de propaganda liberal y que las izquierdas se contienen el resuello. ¡Miserables! Eso es burlarse de que se calla uno a quien le ponen mordaza. Yo creí que ese ganso real firmó el afrentoso manifiesto del 12-IX padrón de ignominia para España, no era más que un botarate sin más seso que un grillo, un peliculero tragicómico, pero he visto que es un saco de ruines y rastreras pasiones o un fante de del lóbrego y tenebroso Martínez Anido, el ducho de esta situación tiránica. He recibido una larga carta de don Santiago Alba, en que éste me cuenta, y documentalmente, lo que con él está haciendo esa canalla, y da vergüenza ser español y de que haya hombres civiles, que se creen honrados, que colaboren con esa gentuza corroída de rencores de lenocinio.

Aquella invitación a la denuncia secreta ha remejido el pozo ponzoñoso de la que Menéndez Pelayo llamó la «democracia frailuna» española, el sentido demagógico inquisitorial, y se está viendo al descubierto el terrible cáncer de España que no es el caciquismo, sino la envidia, envidia; odio a la inteligencia.

Malo, muy malo era aquello, pero esto es peor. La lepra carlista de los vencidos en 1820 y en 1840 y en 1876, vuelve a brotar: curas y curoides, sacristanes, furrieles y asistentes, ratés (como Maeztu y Grandmontagne) se ponen al lado de esta porquería del suspensorio. Y blasfeman exclamando: ¡justicia! No, de la justicia no se les da un ardite. Que no es justicia insultar a uno e impedirle que se defienda en público, ni es justicia dejar pasar lo que dijo Silvela, de que parte del dinero del juego iba al gobierno civil de Barcelona, y no investigar que hacían con él el Martínez Anido «ése» y la hiena de prensa, el Arlegui que le sirve. Y ese repugnante papel higiénico, aplaude a esa canalla.

Me ahogo, me ahogo, me ahogo en este albañal y me duele España en el cogollo del corazón. ¡Y aun hay que aguantar que hablen de misticismo! ¡Y de nuevo concepto de la libertad! ¡Mejor, Cierva!

Nos están deshonrando.

Y luego, mentir, mentir, mentir. Atribuirse, mintiendo, no equivocándose, la casi unanimidad de la opinión pública y mentir en cada problema que atacan.

Me han dicho que Marañón iba a organizar, no sé si bajo el amparo del suspensorio o de El Sol, un partido de izquierda, supongo que monárquico. Le he escrito que no lo haga. Que lo liberal ahora es aguardar, mordaza en boca, y hacer saliva para luego escupir verdades a esa beocia encanallada, y que ya liberalismo y monarquía son incompatibles en España.

¡Quién me había de decir que al acercarme a los sesenta, sentiría el peso de aquella canerosa tradición, de aquel tradicional cáncer que hacía estallar bombas sobre mi cabeza cuando tenía diez años. ¡Pobre España! ¡Pobre España! Dan ganas de morirse.

¡Basta, que lloro de veras!.

La publicidad alcanzada por los terribles párrafos de la carta de Unamuno causó el revuelo consiguiente y probablemente éste se sintió traicionado al comprobar qué confidencias privadas se hicieron del dominio público. El incriminado Américo Castro escribió una carta de disculpa al director de La Prensa, diario español e hispanoamericano que se editaba en Nueva York y en el que apareció el 4 de abril de 1924. Castro se hacía cargo del rumor que hacía responsable del destierro de Unamuno a la publicación de la carta de éste en Nosotros; y a Castro, de la entrega de la carta a la revista. «No es cierto», afirma éste, añadiendo a continuación que había llegado a sus manos «una copia a máquina de una carta sin firma y sin expresión de la persona a quien iba dirigida. Su tono era violento». La carta corrió en pequeño círculo de amigos, hasta que un médico cuyo padre había sido encarcelado en Barcelona por sus opiniones catalanistas, la entregó al periódico La Vanguardia para su publicación. Al editarla, el periódico aludía a Castro y decía había autorizado tal publicación, «cosa absolutamente falsa», y que él la desmintió ante el periódico al día siguiente de la aparición de la carta. Luego, ya fuera de Buenos Aires, se enteró que había sido publicada en Nosotros y reproducida en millares de copias en Madrid, en «maniobra poco airosa». Bien es cierto que al final de su comunicación a La Prensa en alguna manera se hace responsable de que aquella carta hubiese salido de su bolsillo. Mas esperaba tornar pronto a España, aclarar las cosas y aún asumir ante el Gobierno sus responsabilidades propias en el asunto. También este texto debe ser conocido en su integridad y por lo tanto lo reproducimos tomando del recorte de La Prensa que obra en el archivo unamuniano. Dice así:

EL PROFESOR AMÉRICO CASTRO EXPLICA LA PUBLICACIÓN DE LA CARTA DE UNAMUNO.—
Un abuso de confianza originó la publicación en Buenos Aires de la epístola.

El eminente filólogo español don Américo Castro, que actualmente da un muy celebrado curso de literatura hispana en la Universidad de Columbia, nos dirige la siguiente carta, explicando la forma en que llegó a publicarse la famosa carta de don Miguel de Unamuno, causa de su destierro por el Gobierno de Madrid:

New York, abril 3, 1924

Señor Director de LA PRENSA

New York, N. Y.

Mi querido amigo: acudo a usted con el ruego de que dé cabida a estas líneas en las columnas de su digno diario. Ha comenzado a circular por Nueva York, en lengua española, un documento anónimo en el que se formula una razonada protesta contra la deportación de que ha sido víctima el eminente escritor Miguel de Unamuno. Dícese en dicho escrito que el pretexto utilizado por el Gobierno español para confinar en la isla de Fuerte Ventura al rector de la Universidad de Salamanca ha sido la publicación de una carta privada, que don Miguel dirigió a cierta persona y que yo entregué a una revista de Buenos Aires, titulada *Nosotros*. Como el hecho no es cierto, me veo en la necesidad de hacer la debida rectificación, y por eso pido hospitalidad en su importante periódico, que es el órgano de comunicación que en los Estados Unidos tienen las personas de nuestra lengua.

Lo ocurrido es esto. Yo recibí en Buenos Aires una copia a máquina de una carta, sin firmar y sin expresión de la persona a quien iba dirigida. Su tono era violento. Siempre que un país se encuentra sofocado por la censura, estas explosiones de la opinión privada adquieren intensidad proporcional a la presión que se hace para contenerlas por los encargados del poder. La carta en cuestión fué conocida entre un círculo pequeño de amigos, sin que nadie, al parecer, tuviese intención de dar al público lo que había sido escrito para ser leído en la intimidad. Pero he aquí que un médico amigo nuestro, catalán por cierto, cuyo padre había sido encarcelado en Barcelona por sus opiniones catalanistas, influido por el estado pasional que en él produjo aquella desgracia de familia, comunicó la malhadada carta al diario socialista *La Vanguardia*. La impresión que el hecho me produjo fué dolorosísima, y amigos míos de Buenos Aires conocen la tristeza que entonces experimenté. El hecho no tenía remedio. La única esperanza era que el texto no fuera reproducido por otros periódicos de Buenos Aires. Así sucedió, felizmente, y yo mandé una nota a *La Vanguardia*, puesto que dicho periódico me aludía claramente y hasta insinuaba que yo había autorizado la publicación de la carta, cosa absolutamente falsa. ¿Quién iba a pensar que una revista como *Nosotros*, dirigida por mi buen amigo Julio Noé, iba a reproducir dicha carta, sin hablar conmigo, y sin tener en cuenta lo que yo decía en *La Vanguardia* al día siguiente de salir aquella impresa?

Salí de Buenos Aires el día 3 de enero. Pensaba que nada tendría que temer Unamuno habiéndose hecho silencio en torno al asunto; más he aquí que en el mes de marzo último me entero de que aquella carta (que nadie, después de todo, tenía derecho a atribuir al rector de Salamanca, ya que no estaba firmada ni escrita de su letra) había sido impresa en *Nosotros* y reproducida luego en Madrid en millares de copias. La maniobra era poco airosa por parte de quienes hicieron esto en Madrid, porque no creo legítimo desfogar el descontento contra el Directorio utilizando como medio la venerable personalidad de Unamuno, la figura más hondamente representativa del alma española, tanto en Europa como en América.

Espero hacer llegar estas manifestaciones mías a España, donde la censura no deja decir lo que uno necesitaría comunicar al público. Pienso asimismo volver a la patria en cuanto haya cumplido compromisos ineludibles contraídos con las Universidades de Columbia y de San Juan de Puerto Rico, a fin de poder hacer

frente a las responsabilidades que pudieren derivarse de lo que califco de imprudencia grave por mi parte. Dicha carta no debió salir de mi bolsillo. Si se deduce culpa de su publicación, el Gobierno deberá proceder contra quienes no mantuvieron secreto lo que se escribió para ser leído en secreto, no contra el hombre sabio y bueno, la más clara honra que España puede hoy mostrar a los otros países.

Dándole mil gracias, señor director, por la publicación de estas líneas, se reitera suyo muy afectísimo amigo,

Américo Castro.

Ya en España, concretamente desde la villa donostiarra Aizetzua, escribirá Castro a Unamuno, sabedor de que se había fugado de Canarias y dirigido hacia París, donde la censura no «saquearía» ni censuraría, la correspondencia de Unamuno. Ignorando la dirección parisina de éste se valió de los buenos oficios de Jean Baruzi, el autor de importante obra sobre San Juan de la Cruz, para hacer llegar su epístola a manos de Unamuno. Vive como una pesadilla lo ocurrido a Unamuno, esto es, su destierro, y nos revela, de paso, que el destinatario real de la carta de Unamuno fué Antonio de Solalinde; de ella se entresacaron párrafos que corrieron por Buenos Aires sin firma y una copia llegó a manos de Castro y fué comentada entre amigos. Castro confiesa su angustia y su zozobra al verse públicamente implicado en el asunto; estaba dispuesto a volver a España y responder por sí.

Hay un párrafo en la carta al que deseo añadir un comentario muy personal. En él dice que, enterado que Unamuno había sido suspendido de cátedra y de sueldo, se dispuso ante González de Lacalle a pasar una mensualidad de 500 ptas. a la familia de Unamuno; al no aceptarla, se limitó a inscribirse en una suscripción abierta con tal fin. He de añadir algo que oí de labios de la hija de Castro, doña Carmen. Y era, que familiarizada con la suscripción en favor de Unamuno, ella —siendo niña— advertía a veces a su padre la obligación del «duro para el señor Muno», y así lo recordaba de mayor riéndose, por la abreviatura del apellido.

Las palabras finales de esta carta, cuya lectura merece la pena, son harto expresivas. Desea ansiosamente encontrarse con Unamuno, pero antes espera de él unas líneas que lo apacigüen. Unos le dicen que Unamuno no está enojado con él; otros, que le pone de vuelta y media. «Nada pienso hasta no recibir noticias de usted». En su retorno a España, la ha encontrado dominada por el miedo. «Creí encontrar en España una minoría claramente situada en este asunto de la tiranía militar. No hay nada, nada. Todos murmuran so capa, pero nadie se libra del miedo cervical, o de la indiferencia moral, que es pecado aún más grave. En cualquier caso, para mí será siempre el hombre admirable que sufre persecución por nuestras culpas, que no son pocas. Lo único que le digo es que nadie ha sufrido más que yo desde que empecé a conocer la desdicha que se le venía encima. Le queda entrañablemente único su amigo de siempre, Américo Castro» (Carta 13).

Ocho meses transcurren entre esta carta y la siguiente conservada. Trata ésta del homenaje a Ganivet celebrado en Madrid el 28 de marzo de 1925 y en el que los oradores recordaron frases de Unamuno sobre el homenajeado, si bien la censura

las eliminó de los periódicos. No se pudo leer en el acto una carta de Unamuno, pero enseguida empezó a circular profusamente y las gentes pedían que se leyeran. Los comentarios de Castro contra las manifestaciones masivas son muy duras, «colectivamente no están dispuestos a nada», comenta:

Yo creo que en lo colectivo hemos llegado al punto más bajo de la vileza y de la cobardía, con latigazos de histerismo atávico... la verdad es que aquí no hay tres personas que estén dispuestas a juntarse para hacer nada afirmativo. Los más héroes quieren que les traigan a la cama, como el chocolate, un cambio de gobierno y de moralidad pública. Yo creo que caminamos hacia algo muy infecto. Me parece que España no necesita libertad, ni prensa libre ni nada.

España se gobierna con el cuerpo de Seguridad; antes con los civiles, ahora con los del casco policiaco... «mucho comadreo, mucho hablarse al oído... no se cuenta con nadie». Castro se profesa devoto y cordial (Carta 14).

Esta vez sí nos consta que hubo respuesta de Unamuno, una «afectuosa carta», a la que responde Castro desde Madrid el 10 de abril de 1924. En ella le hablaba Unamuno de un atentado contra su persona, punto sobre el que le tranquiliza Castro, asegurándole que veneran su persona «aun los que dicen cosas abyectas, tales como el Ganso Real y sus afines». Le habla del «estado mortecino» del País, del manejo del presupuesto al antojo, de la colocación de familiares, de la irresponsabilidad absoluta, «seductor Programa» de los «salvadores de la patria». «España es un país que fácilmente se acostumbra a la vileza». Habla del recurso de Unamuno ante el Supremo, de la reposición en su cátedra, de la aflicción de quienes recuerdan a Unamuno

en un ambiente que no se ha hecho para V., lejos de sus encinas, de sus piedras, incluso de sus manías salmantinas, sin gente que comprenda el hondo y sereno vibrar de su alma montañosa y de selva, pero es V. de nosotros y para nosotros, los españoles que sabemos sentir con lo que alma de España. Bueno me emociona mucho esto. Con toda el alma, Américo Castro (Carta 15).

Un mes más tarde seguía pendiente en el Ministerio el recurso de Unamuno, seguía sonando el asunto de Marruecos, hubo escándalo de damas en Sevilla, los estudiantes se iban calentando algo, había síntomas de autodescomposición. Agobiaba y dolía a Castro la ausencia de España de Unamuno.

Usted es hoy nuestra conciencia, y España ve claro, en la zona en que no está muerta, que su ausencia es nuestra ausencia de la verdad y la justicia... Es un dolor que le haya tocado tan alta y tremenda misión... Su nombre está en todos los corazones no podridos, que no somos pocos felizmente... Hoy es un símbolo su nombre, su palabra noble en esas cartas admirables. Circulan y circularán, con gran rabia de muchos.

Y se profesa «devotísimo amigo que le quiere muy de verdad» (Carta 16).

Existe un fragmento de carta, su página 2, que bien pudiera pertenecer por su contenido al año 1924 en que Castro volvió a España. Había hablado con Alba,

quien le trató de «cuco» por haber vuelto para que le metieran en la cárcel. Estaba expuesto a que le encarcelasen porque decía lo que pensaba; de paso nos desvela que había perdido un año de paga por haber hablado mal del Gobierno en América. Su crítica de Santiago Alba es dura en los párrafos posteriores. Castro llegó a insinuar a Alba cuándo firma a un manifiesto republicano y le contestó que no se podía hablar de esas cosas por teléfono (Carta 17).

Dos años más de vida quedaban a Unamuno, más cesa el epistolario. Un epistolario, que a falta de la otra mitad, no deja de ser interesante y mostrarnos la peculiar relación de estas dos personalidades que se atraían y repelían mutuamente. Castro frisaba los 40 años, aún no había producido sus obras grandes. Iría a la Embajada de Berlín durante la II República. Y luego al exilio en Estados Unidos, en las Universidades de Princeton y San Diego (California). Retornarían a España en 1964, murió en Madrid el 25 de julio de 1972. Guardó inolvidable recuerdo de la visita larga que le hice por amabilidad de su hija y buena amiga mía, Carmen Castro en persona me abrió la puerta y descubrió con estupor que yo era mucho más joven de lo que él creía.

Centro de Estudios Históricos
Paseo de Recoletos, 30Sábado 5-XII-914
Lagasca 109

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi respetable y querido amigo:

Leo su artículo de hoy en el *Nuevo Mundo* y al acabarlo siento un poco de tristeza y otro poco de indignación; porque, en su género, el artículo de V. está que ni pintado para los *listos*, *Bergamínes* y *Romanones*¹ que intentan aplicarse al género de trabajos que se hacen con papeletas: no cabe duda que todos esos harán suyo el artículo de V. pero eso es lo de menos. Lo de más es que es falso lo que V. dice; tan absurda es la burla (nada espiritual, por cierto) de las papeletas, como lo sería reírse de las plumas Waterman (que también son de *extrangis*).

No sólo Mommsen Díez y Meyer Lübke se sirvieron de papeletas, sino también G. Paris, Renán y M. Pidal (gente de muy diversas dotes espirituales y diversos étnicamente). Lo que ocurre es que la papeleta vale por lo que lleva dentro, como la tinta, por lo que se escribe en ella; pero V. plantea la cosa de manera que lo que se discuta sea el tamaño de la ficha (francés *fiche*) y el *color del papel*. Es decir, que rebaja V. el punto de vista ideal del problema, que hace V. lo que los señoritos de mi tierra (Andalucía) cuando toman a chunga el que otro tome en serio las cosas, sin tomarse el trabajo de ver por qué (Kultur) las toma en serio. No, V. no toma en serio muchas cosas que los demás tomamos y que valen por lo menos tanto como las que a V. le inquietan (y a mí me preocupan también). V. me decía el otro día (no pudo ser con mala fe sino por frivolidad) que la *Einführung* de M. Lübke era «poca cosa»; hoy dice V. que las papeletas de los centros de investigación son cosa digna de burla. ¡*Ob, die Untersuchung!* Eso es inmoral, sí inmoral, porque es *alogía*, porque a V. le falta el logos filológico. ¿Es que hay que suprimir toda la filología que no sea sensibilidad a lo Coleridge? Eso no puede decirlo sino quien ignore (¡o quiera hacer que ignore!, ojalá no sea esto) que hay otros mundos fuera del literario, o que también tienen derecho a aportar (*sic*) su colaboración al trabajo quienes no son serios. Y en esto último, contribuye V. a la muerte del país, al fomento de los burros que tiran de la noria, a todas esas cosas cuya existencia parece entristecerle a V.; pero que en el fondo lo que hacen es darle a V. materia para chistes; ¡*Ob, die Untersuchung!* Y a pesar de ello estoy irritado, porque la cobardía de esa gente que no hace papeletas, haya impedido *untersuchen* bien y

1. Unamuno escribió. De la confianza ministerial: Romanones, Bergamín, el 12 de septiembre de 1912. Cfr. *Obras completas* I, 952-3. Ambos sería ministros: el primero de Gracia y Justicia (7-12-1922); el segundo, de Hacienda (8-3-1922).

a fondo con motivo de la infamia que han cometido con V., claro, como que no tiene V. razón en burlarse de la *Untersuchung*.

Perdone este desahogo íntimo y sincero de quien, a pesar de indignarse contra V., es su buen amigo y admirador

Américo Castro
C 4/68 bis 1,1

Lagasca, 109.

Madrid, 23 de enero de 1915

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo. Perdone mi tardanza en responder a su carta; estoy en vísperas de oposiciones, y no encuentro nunca ocasión para escribirle como quisiera. Hay en su carta una parte respetable, a la que me rindo (¡si siempre se mantuviera V. en ella!) que se resume en la frase «para lo que va a durar todo». Cualquiera persona honrada siente esa emoción tal cual vez, a modo de duendecillo que revolviere los papeles, los libros y las ideas.— Pero no se trata de esto solo, sino que V. abandona esa postura mística y trascendente, y se entra V. a poner etiquetas despectivas a trabajos que quizá no conoce V. muy en detalle ¿cómo se explica, sino, que intente V. comparar el libro de Paul (que tengo a la vista) con el de M. Lübke? Este fué su juicio, recuérdelo bien. Pero se trata de libros completamente distintos: 1.º Los *Prinzipien* son de lingüística general, es decir son una filología del lenguaje; pero una filología estrecha, suma y cifra del positivismo más esquemático y rutinario del s. XIX. «Reine *Abstraktionen* storend zwischen das Auge des Beobachters und die wirklichen Dingen stellen sollen» (4.ª ed. p. 11 nota). Es decir, que através de Paul se va a lo opuesto de Hegel, Schelling... y de toda la fenomenología moderna, porvenir de la lingüística.

Es decir, que Paul no es genial (si el nombre vale para algo) más que en lo que ha hecho de filología germánica, pues sus ideas generales (que es por lo visto lo que para V. vale en filología) es un servil continuador de Comte, Haeckel, etc.

Por las cosas que cuenta Ortega G., aún hoy no se ha descubierto ese principio fundamental que abrirá nuevos continentes a la lingüística; se está en los prolegómenos solamente. El libro de Marty es flojo; lo de Wundt está, con razón, desacreditado. Si esto es así ¿qué voy a pensar de su juicio de V. sobre Paul, desde el punto de vista que V. lo toma?

2.º Todas las ideas generales de Paul pueden deducirse de la lectura de la *Introducción* de los demás estudios de M. L. (que V. sin duda no conoce, como no conocía la *Einführung* hasta ver mi traducción). Es decir que *hoy por hoy* la lingüística que existe es la que hacen los *técnicos* y hasta no conocer bien a fondo ésta, no se la puede despreciar como V. hace. Porque para que fuera verdad lo del *ilustrado* M. L. sería preciso que hubiese hoy un lingüista técnico que valiese más que él, o sea que hiciese trabajos (investigaciones, construcciones) con un valor específico mayor que los suyos. Y ese lingüista no existe.

La única posición para V. sería negar el valor de la ciencia (lingüística, química o lo que fuese), y mantenerse dentro de una construcción romántica del mundo; pero sin tomar entonces posición dentro de ninguna de nuestras técnicas, sin venir a humillarnos (o a humillarme) como ha querido V. hacer conmigo. Yo no me ocupo

más que de lingüística, eso es mi vida, ese es mi ideal; he intentado introducir en España un libro para formar alumnos y técnicos ¿cree V. que iba a escoger un libro necio e insustancial? ¿Cree V. que iba a consentir que me dijese V. que *el libro, el libro* era el de Paul, que es el que a V. le gusta? A un físico o a un químico no le dice V. cosa análoga, estoy seguro; ¿y por qué se va V. a atrever a decirlo a un lingüista?

Éste es el horror de España; nos movemos entre los polos de Cejador y de V. Cejador es una bestia, V. es un hombre grande y bueno (no puedo olvidar que hace 10 años batallaba yo en París para convencer a aquellos hispanistas de que V. era el único hombre de España). Y los que queremos producir, aumentar la realidad con productos concretos de cultura (hacer un mapa de la lengua de la patria, para que no lo haga un alemanote cualquiera, hacer un diccionario que no sea un engendro como el de la Academia, reconstruir, a través de la historia de la lengua, un poco de los nervios y del alma que animan a este pobre y triste esqueleto que es España, que es lo único que será España) nosotros los modestos (sin vanidad) los que queremos hacer eso o posibilitar que otros de más talento lo hagan, nos vemos coceados por la canalla cejadoresca (y C^a) o mirados de soslayo por los que valen como V., que piensan que nos equivocamos al querer aceptar a España métodos que no están bien a jóvenes españoles... como ese idiota de R... sujeto de su anécdota, cuya vacuidad es patente para cuantos le tratan; y sobre tan frágil testimonio, sin haber hecho durante su estancia aquí *nada* por enterarse de lo que era nuestro «llamado seminario de investigación» *aquí mismo* escribe V. aquella cosa en Nuevo Mundo. —Y pretende V., después razonarme (¿) su juicio sobre el *ilustrado M. L.* Claro que yo no tengo ningún motivo especial ni personal con M. L. Para que tanto me dañe su juicio de V. pero como veo (según antes demostré) que habla V. con desconsideración de cosas para mí fuera de duda, no tengo sino resolverme en justa defensa. Hay que acabar con la política de la Institución de «callar y acción difusa» y hay que «hablar y acción concretísima». Y así como V. arremete con Romanones etc., nosotros, yo en este caso, habré de arremeter con todas mis fuerzas contra juicios precipitados sean de quien fueren.

Tengamos, por Dios, respeto por las cosas, y si V. es filólogo y quiere a su profesión, no desprecie la filología de los demás. Monaci, Carolina Michaelis, Morf, Marden, Leite, M. Pidal me han testimoniado su admiración por la obra de M. L. ¿Es V. más lingüista que ellos? ¿Vale V. más que ellos para permitirse ese juicio? Créame don Miguel; compare V. la *Introducción* con los trabajos análogos de Europa, y hábleme luego con la mano al pecho. Venga asimismo al Centro Histórico; ya que fué V. tan propicio a recibir datos de un memo que no cupo en el Centro por inútil, no tenga reparo en enterarse por Pidal, Onís, etc. De lo que esto es y de lo que hacemos. Y entonces hable y pónganos honradamente objeciones, que en este caso *necesariamente* tendríamos que atender, porque entonces no serían palabras dictadas por ese demonio íntimo que tan mal le guía a veces. Conste que no estoy incomodado con V. que lamentaría perder su amistad por estas discusiones.

Allá en el fondo de mi espíritu hay huellas que imprimieron sus libros; no lo olvido. Mi deseo último e intenso es que las huellas que la parte más noble y más pura de sus obras dejaron en mí no se vean nunca más empañadas por la sensación de una injusticia suya.

Le quiere profundamente y desearía darle pronto un abrazo

Américo Castro
C 4, 68 bis, 2

Madrid 3 de octubre 1917

Querido D. Miguel:

¿Ha descansado V. del aperreado viaje¹. No tuve ocasión de ir a saludarle antes de que marchara a Salamanca. Y así tengo que decirle por escrito lo que habría sido mejor de palabra.

Voy a publicar en el *Nuevo Mundo* uno o dos artículos sobre Italia. Me cuesta trabajo salir de mi género, pero no tengo otro remedio sino corresponder en algún modo a las atenciones de aquellas gentes. Por otra parte no tengo grandes relaciones periodísticas y sólo cuento con el *Nuevo Mundo* para escribir.

Ahora bien, me dice Verdugo que V. también va a escribir allá y me recomienda me ponga de acuerdo con V. lo que me interesaría saber (si no le molesta) es qué puntos sobre poco más o menos va V. a tocar para no hablar yo de ellos. A mí me parece que no hay peligro de coincidencia, aunque hayamos visto y oído casi lo mismo. Además yo publicaré alguna fotografía, y eso ya dará un sesgo especial al trabajo.

Verdugo piensa, desde luego, que no hay inconveniente desde el punto de vista del periódico, en que los dos escribamos; pero como un artículo mío saldrá el viernes próximo, me encargo se lo advierta a V. para que no le extrañe. Confío en que no tomará V. a mal lo que le digo, y que se hará cargo del compromiso en que me encuentro de tener que hacer algo como resultado del espléndido viaje.

Créame (a pesar de nuestra constante pelea, quizá por eso mismo), su buen amigo que le admira y quiere

Américo Castro
C 4, 68 bis, 3

1. De Italia (19 de octubre 1977).

Lagasca 117

14-XI-917

Mi querido don Miguel:

Le remito esta carta que viene dentro de otra de Puccini¹ para mí. El sello trae la fecha del 20 de octubre: quién sabe si vivirá este pobre chico. No quiso ni recordar nuestro viaje; ha sido demasiado dolorosa la transición. ¿Qué va a ocurrir a ese pobre país? No me arrepiento sin embargo de haber escrito sobre el viaje: es verdad cuanto se diga del progreso intelectual de Italia; lo malo es lo otro, lo que salga del corazón y no sea reglable por la máquina. Hay que esperar con confianza; no puede ser que triunfe lo alemán. ¿No le veremos a V. por aquí?

Su voz nos levantaría el ánimo

Sabe le quiere su amigo

Américo Castro

C 4 68 bis 4

1. De Puccini se conservan 32 cartas (1916-1931) en el archivo de la Casa-Museo Unamuno. Signatura P 5 8-11. Publicó un artículo «Miguel de Unamuno», *La crítica política* (Roma) 4 (1924) 158-66.

San Sebastián 29 de julio 1918

Querido amigo don Miguel:

Los organizadores del comité «Unión occidental: asociación anglo-latina de propaganda para la sociedad de las naciones», me dicen les sirva de intermediario con V., para rogarle acepte la presidencia de honor de la parte española. Y le agradecería que aceptase, pues esto no le proporcionará quehacer alguno; se trata de que su nombre aparezca una vez más, como representación de que lo más valioso de España no abandona la causa justa.

Le envío unas postales para que vea algunos de los nombres que intervienen en ese comité: Magalhaes Lima¹ se ocupa mucho de la liga de naciones y publican todos ellos multitud de trabajos en la «Revue Contemporaine», órgano de la «Unión occidental».

El secretario general es Antoine Petit², Guerchy (Yonne); a él deberá V. responder, caso de que esté dispuesto a aceptar esa presidencia.

Anticipándole gracias, es siempre su cordial amigo, que le quiere y admira

Américo Castro
Aizetzua, San Sebastián
C 4 68 bis, 5

1. Sebastián Mugalhaes Lima, nacido en Río Janeiro, fué figura del partido radical en Portugal, diputado, senador y ministro e inclinado a asociaciones internacionales.

2. De él se conservan dos cartas en el archivo de Unamuno P 317.

Querido D. Miguel:

He aquí un documento que me manda Mr. Petit. En este momento de atonía criminal, su voz de V., autorizada y valiente, debe hacerse oír dentro y fuera de España ¡Ayúdenos! Realmente no hay más cera que la que arde, y las reservas para la España futura tardan en manifestarse.

Suyo cordial

Castro

Lagasca 117, 6 set. 918

C 4 68 bis, 6



Querido don Miguel:

He aquí un documento
que me mandó Mr. Petit. En este
momento de atonía criminal,
de voz de V., de indignidad y valiente,
debe hacerse un intento y fuerza de
España. ¡Ayudemos! Resolviendo no
haber más cosa que la que anda, y la
reserva para la España futura también
a manifestarse.

Dijo cordial
Castro

La Jor. ca., 117. 6 Feb. 918.

Américo Castro

Lagasca 117
Madrid
30 abril 1920

Querido don Miguel: Tengo una entrega repetida del Diccionario de M. Lübke (por fin logré recibir hasta la entrega 12) y como me manifestó deseo de conocer la obra, se la mando con mucho gusto. ¿Recibió V. mi segunda serie de Adiciones, o la ha visto en la revista? Si no, le mandaré una tirada a parte¹.

Suyo muy cordial y devoto amigo

Castro

A Don Miguel de Unamuno, ex rector de la Universidad, Salamanca

C 4 68 bis 8

1. En la biblioteca de Unamuno, V. 4929 se encuentra una separata del artículo de A. Castro Más sobre «boqui-rubio», editado en la *Revista de Filología española* 6 (1919) 290-9.

Madrid 7 mayo 1920

Querido don Miguel:

He aquí la nota: W. Meyer Lübke, *Romanische etymologische Wörterbuch*, Heidelberg C Winter, 1911 a 1918, 11 entregas, unos 30 mk, pero los precios son arbitrarios. Yo tengo hasta las 8ª. Las tres últimas, por más que hago, no logro recibirlas. Aquí hay un suizo y un holandés que tienen la obra completa; la entrega 10 y 11 son casi exclusivamente índice. Es obra precipitada, y en lo español llena de absurdos como verá V. en la revista. ¿Por qué no da V. forma a eso de -rro y nos lo manda para la revista? Aquí le pondríamos la bibliografía y detalles.

Puccini me mandó una novela *La vergine e la mondana*¹, que no está mal, pero no es cosa del otro jueves. Creo que él vale más que la obra.

Tengo que escribirle.

Lástima que no esté V. aquí. Ya estamos en el gran bostezo nuevamente hasta que saquen nuevamente el chafarote.

Anímese a mandarnos alguna cosa. Ahora nos ha entrado una especie de fiebre etimológica: hasta a M. Pidal, que generalmente hace otras cosas.

Suyo muy cordial

A. Castro

A don Miguel de Unamuno, ex rector de la Universidad, Salamanca

Matasellos: Madrid 7 mar 20

C 4 68 bis, 7

1. *La vergine e la mondana* (Milano s. a.), ejemplar en la Biblioteca de Unamuno, n. 3926. También figuran otras obras, dedicadas por el autor a Unamuno: *Dov'è il peccato è Dio* (Foliano 1922), n. 2-088; *Racconticupi* (Foliano 1922), n. 2.049; *Davanti a Trieste* (Milano, s.a.), n. 1936; *Uomini deboli e nomini forti* (Milano 1922) n. 5-337 y otro ejemplar, n. 509; *Faville* (Milano 1914), n. 1303; *La vera colpevole* (Aquila 1926), n. 5-344.

Junta para la ampliación de Estudios
 Centro de Estudios Históricos
 Madrid

12. X. 920

Querido don Miguel:

La observación que hacemos sobre —ri— y —rr—, obedece al deseo de que no consigne V. ese pequeño error en su interesante artículo¹. Navarro tiene razón en lo que dice y todos estamos aquí de acuerdo. Es decir, la rr por su sonido y su forma de articulación no puede deberse nada a una yod. La rr es una vibrante alveolar, la yod es prepalatal. Una consonante no palatal puede, en efecto, ser afectada por una yod siguiente; pero en ese caso el resultado es una consonante prepalatal: rabia > fr. Rage > ariu ital. Aio. La geminación en italiano ocurre como V. dice, pero es en consonante de otro tipo: seppia, trebbio, etc. La ri es allá J: variu > vaio, Capraria > Capraria, y aun cuando en italiano ocurra eso, el español es absolutamente extraño a esa duplicación. Entre aryo y arro, auditivamente media enorme trecho. Tal vez conviniera pensar en casos como la serare > cerrar, etc...

Perdone esta insistencia completamente objetiva, en interés de la exactitud. Claro está que salvo indicación contraria, publicaremos su artículo como V. lo diga. Nos alegra muchísimo contar con su firma

Suyo cordial

Castro
 C 4 68 bis 9

1. El artículo de Unamuno «Contribuciones a la etimología castellana. El sufijo —rrio,a —rro, a», se publicó en la *Revista de Filología española* 7 (1920) 351-7. En él, p. 351, a la frase de Unamuno «En italiano se geminan consonantes ante yod (v. gr. *rabbia*) se añade una nota 1, como Nota de la Redacción, en que se lee: «Es de notar que en italiano no se geminan la r ante yod (MEYER LÜBKE, *Gram. ital.*, 1901, p. 118) se comprende que para que una consonante pueda geminar debe ser condición esencial que su articulación sea prolongable. La r vibrante simple consiste en una oclusión instantánea, sin alargamiento posible. Puede geminarse una r fricativa; pero de ésta no puede esperarse fácilmente una r. La r final de sílaba puede pronunciarse r— en algunas regiones, *kâr-ne* por *kârne* pero no es el caso de ciborium, donde la r es inicial de sílaba.

Junta para la ampliación de estudios

Almagro 26. Madrid.
20 set. 1921

Querido don Miguel:

Muchas gracias por su autorización para publicar su cuento.

Su palabra hace falta ahora en Madrid, pues usted es el único hombre que claramente nos ilustra y nos dice la verdad. Leo sus artículos en *El Liberal*¹ y he leído también su carta en «Nosotros». En efecto, usted es quien nos representa, y no «el absolutista» de «olé tu madre».

Cuenta usted siempre con la simpatía de un grupo de jóvenes y muy especialmente con la de su amigo.

Antonio Solalinde²

Ya sabe V., querido D. Miguel, cuán cerca de sus cuidados me encuentro siempre. Como nunca, nos ahoga el fango, y nadie habla: todos dicen que no es el momento. Esto no tiene salida

Un abrazo de

Castro
C 4, 68 bis, 10

1. «Nos llama Dios», *El Liberal*, 11 septiembre 1921; «La civilización ibera», *El Liberal*, 20 septiembre 1921.

2. Antonio Solalinde (1882-1937). Gran medievalista. Estudió en París pensionado por la Junta para ampliación de estudios. Desde 1924 se vinculó al Departamento de lengua de la Universidad de Wisconsin, donde se encontró con Américo Castro, y allí murió.

San Sebastián 17 de Julio de 1924.

Mi querido D. Miguel: Por fin veo que puedo escribirle libremente. Me dijeron que las cartas a V. eran saqueadas, y que no valía la pena escribirle para decirle justamente aquello que uno querría haberle dicho. Leo que va V., camino de París, y envío esta a mi amigo Baruzi, para que haga el favor de hacerla llegar a su poder.

Desde hace seis meses vivo bajo la terrible pesadilla¹ de lo que a V. le ha ocurrido. Por una serie de fatalidades, me he visto enredado en su lamentable peripecia, y mi nombre rueda hoy por todo el mundo, donde quiera que se escribe sobre su injusta persecución. He hablado he escrito, y algo he logrado para que se restablezca la verdad. Pero hablando en puridad, lo único que me importa es su actitud de V. en una de sus cartas, que ha rodado también en copias y que ha salido impresa en «Crítica», de Buenos Aires, hay una frase de V. «mi carta a Castro» que me causó aflicción. D. Miguel, V. no me ha escrito a mí desde 1917, cuando volvimos de Italia. Guardo sus cartas, valiosas para mí, en mi archivo, y no hay en él nada después de esa fecha. La carta maldita, que esa gentuza dice haber tomado por pretexto para cometer con V. tamaña porquería, fué dirigida a Solalinde, quien me la ha confiado ahora, antes de marchar a Norte América. En ella habla V. de su artículo para lo de D. Ramón. Un fragmento de aquella, el más conmovedor, fué, sacado en copias por nuestro amigo, sin ánimo de darlo a ningún periódico. Cuando se oprime a un pueblo en esta forma (entre paréntesis, nos oprimen sólo a unos cuantos, el pueblo o lo que sea está tranquilo y le da lo mismo una cosa que otra), es natural que se agarre uno a un acento generoso, y se le utilice como desahogo entre quienes piensan de la misma forma. Pues una de esas copias fué a mi poder, a Buenos Aires. Allí fué leída y comentada entre los pocos españoles que no están encantados con el sistema actual. Lo demás está explicado por mí en la carta abierta que he distribuido profusamente por todas partes².

Conociéndolo a V., a V. cuya vida privada es pública, a quien hemos recurrido en momentos graves de la vida nacional para que nos dé aliento y guía., es excusado decir que artículo, carta o lo que sea, no se toma como se tomaría cualquier declaración de político cuco. V. al escribir, escribe siempre *coram populo*, lo mismo que habla. Poco antes de salir, su carta malhadada en Buenos Aires, los grandes diarios de allá habían publicado un telegrama de París, con el texto de una careta de tonos muy parecidos a la incriminada, que había salido en «Le Quotidien». Lo absurdo fué publicar esa otra carta en «Nosotros» dando su nombre. En época de guerra ¡y qué guerra innoble ésta! Hay que tomar elementales precauciones. Aun no sé por qué hizo eso Julio Noé, no obstante haberle pedido explicaciones hace meses.

1. Alude a la carta de Unamuno publicada en Buenos Aires en la revista *Nosotros* 17 (1923) 520-1, atribuida tal iniciativa a A. Castro.

2. He incluido esta carta en la introducción a este trabajo.

He estado angustiado mucho tiempo. En Nueva York pasé verdadera zozobra viendo lo que hacían con V., y pensando que se me culpaba a mí de ello. Cuando vi las calumnias de la gente de Madrid, reflejadas incluso en un telegrama de «La Nación», que mandó Almarza recogiendo el rumor público y lo que decían en la Presidencia, comprendí que lo único decente era venir a España a responder, fuera la que fuese mi responsabilidad. Felizmente el andar mal de salud, me permitió prescindir de un contrato con Puerto Rico, y vine a España a primeros de junio, para ver si me llevaban a Canarias o a donde fuera. Hice ver que estaba en Madrid, pero no han querido hacerme nada, porque ahora lo que quieren es echar tierra a este asunto. Lo que hacen los gatos...

«El Sol» publicó una rectificación absurda. Utilizando sólo una carta mía a «La Vanguardia» de Buenos Aires, que no tiene sentido separada de mi declaración íntegra sobre mi participación y mi responsabilidad en este asunto. La censura no deja hablar de ello. No cabe más que la desesperación.

2)

Las noticias llegaban a Nueva York en forma inquietante, y pensé que no sólo le habían quitado su cátedra, sino que le impedían seguir ganándose la vida. Dije entonces a González de la calle que hiciera presente a su familia que me suscribía por una cantidad mensual de 50 ptas., ya que a mí me era posible trabajar y ganar mientras V. estaba en el destierro, que al principio yo creí prisión. No aceptaron, y me limité a inscribirme en la suscripción abierta por la cantidad que me dijeron que hacía falta. Hablo de esto porque quiero hacerle saber que material y moralmente me encuentro dispuesto a hacer frente a todas las responsabilidades anejas a la imprudencia de no haber destruido la copia de esa carta que llegó a Buenos Aires, por cierto sin fecha y sin firma. Es el colmo, tomar como base de acusación para una persona como V. un documento en esas condiciones, condiciones que por otra parte nadie ha querido investigar con el más elemental espíritu de justicia.

Dejo de calificar, entre tanto la conducta del Sr. Mattons, al que estuve a punto de darle un disgusto serio. Poseo una declaración jurada suya en que establece lo ocurrido. En su día, si algún día hay justicia en esta desdichada tierra, se sacará a luz eso y otras cosas. Si el Sr. Mattons quería publicar la copia de ese fragmento de carta, nunca podía hacerlo dando su nombre, ni aun el mío.

En cuanto me sea posible le veré a V. creo que le convendría a V. hablar conmigo, antes de ir a la Argentina, si es que va a ir. Pero declaro que lo más urgente para mí es recibir unas líneas tuyas, por las que vea cuál es la actitud de V. para conmigo. Unos me dicen que V. no está enojado conmigo, otros dicen que me pone de vuelta y media. Como sé lo que es la calumnia y el chisme, que nunca he visto desencadenados sobre mí como ahora, nada pienso hasta no recibir noticias de V.

Creí encontrar en España una minoría claramente situada en este asunto de la tiranía militar. No hay nada, nada. Todos murmuran so capa, pero nadie se libra del miedo cerval, o de la indiferencia moral, que es pecado aun más grave.

En cualquier caso, para mí será siempre el hombre admirable, que sufre persecución por nuestras culpas, que no son pocas. Lo único que le digo es que nadie ha sufrido más que yo desde que empecé a conocer la desdicha que le venía encima. Le queda entrañablemente unido

Su amigo de siempre

Américo Castro
 C 4 68 bis 11

Señas:
 Aizetzua
 San Sebastián.

Madrid 29 de marzo de 1925.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido y respetable D. Miguel: Ayer celebramos el acto en honor de Ganivet¹. La mayoría de los oradores lo recordamos a V., citamos cosas suyas y asociamos la obra de Ganivet con la de V., unidas en el mismo esfuerzo y sobre todo en el mismo dolor. La censura ha mutilado mucho nuestros discursos; a mí me ha quitado varias citas de V. siempre caballerescas.

Su carta de V. admirable. Al final del acto empezó a circular profusamente por el paraninfo, y todo el mundo (unas dos mil personas) la tenía en la mano. La gente pedía a gritos: ¡Que se lea la carta! Y yo pensaba: Lo mismo pediríais ¡caballos!, tranquilamente desde la barrera, sabiendo que el toro no subía hasta ella. Tuve ayer impresión de doloroso asco, viendo aquella multitud frenética, pidiendo sencillamente que fuese alguien a la cárcel, para darle el placer de sentirse «heroica». Si aquellas dos mil personas supiesen uno que eran capaces de «algo», siquiera de organizar la huelga escolar en España como protesta contra la infamia cometida con V., o para protestar de que fuera a la cárcel el que hubiese leído ayer su carta de V. «para darles la impresión de que eran unos revolucionarios», entonces habríamos sido muchos los dispuestos a leer el documento. Pero yo sé muy bien que a nadie le importa nada ni esto ni lo otro. A V. le hicieron lo que le hicieron, y nadie (los estudiantes tampoco) tomó una actitud energética. Y si colectivamente no están dispuestos a nada, absolutamente a nada, ¿cómo se explica que pidan como ayer «¡que se lea la carta!». Yo creo que en lo colectivo hemos llegado al punto más bajo de la vileza y de la cobardía con latigazos de histerismo atávico. Se lo gritaba ayer en mi discurso: «¡Tenéis la noluntad de que habla el gran maestro Unamuno, que es el “no querer” de Ganivet!» No le gustaba al público que se lo dijera. Y sin embargo si el elemento estudiantil se hubiese negado a ir a clase, si hubiese habido que cerrar nuestra Universidad, (bastaba sólo con la de Madrid), esa señal de protesta, viva y llamativa, habría tenido quién sabe qué consecuencias para levantar el ánimo muerto del país. Pero la verdad es que aquí no hay tres personas que estén dispuestas a juntarse para hacer nada afirmativo. Los más héroes quieren que les traigan a la cama, como el chocolate, un cambio de gobierno y de moralidad pública.

Yo creo que aminamos hacia algo muy infecto. Me parece que España no necesita ni libertad, ni prensa libre ni nada. Si lo necesitara habría contradicciones de dolor, signos de que no se podía tolerar la mala postura, no silencio y tranquilidad absoluta. España se gobierna sólo con el cuerpo de seguridad. Antes tenían que sacar los civiles, como centauros de la brutalidad. Ahora basta con los tíos del casco policíaco. El que tenga esto, manda, triunfa, hace contratos de teléfonos, y se ayunta con golfas. Eso es todo. En los campos, les da lo mismo que mande Orbaneja o Amadeo. Parece mentira que se pueda tolerar eso, pero se tolera y no parece mal.

1. Ángel Ganivet (1862-1898), pensador granadino de amplia obra literaria.

Mucho comadreo, mucho hablarse al oído, y luego cuando se dice, bueno: ¿Y con quién se cuenta? Porque sin opinión, por chica que sea, no se puede intentar nada. No tendría sentido salir una persona dando voces por la calle, cuando sabe de ciencia cierta, que a lo sumo van a decir que es un impulso y que este «colapso» no tiene importancia. Y no se cuenta con nadie. Bueno, don Miguel, tal vez no debiera escribirle a V. una carta tan triste; ¿pero qué le voy a hacer? El espectáculo de ayer me impresionó; me hizo ver claro que la gente estaba allí con el espíritu del Ateneo, cuando hay sesión borrascosa, y quiere que haya hule; pero sin pensar que debe haber solidaridad entre la conducta posterior de la persona y los gritos del momento.

D. Miguel, aquí me tiene V. para lo que guste mandarme. Ya sé que lo más importante que V. necesita yo no se lo puedo hacer, porque no tengo con qué. Pero mande a pesar de todo a su devoto y cordial

A. Castro

Póngame aunque sea una línea para que sepa si la censura «ha cortado» la comunicación, o si ésta ha llegado a sus manos.

Lagasca 117.

C4 68 bis 12

Madrid 10 de abril de 1925

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido y respetable D. Miguel: Muchas gracias por su afectuosa carta. Ante todo deseche esa idea de que alguien sea capaz de atentar contra su persona, que veneran aun los que dicen cosas abyectas, tales como el Ganso Real¹ y sus afines. Bastantes preocupaciones efectivas tiene V., y no hace falta cargarse con otras irreales. Ni ahí ni aquí tendría V. nada que temer. No es opinión particular mía sino de personas más al tanto de las cosas prácticas de la política. ¡Qué más querría esta gente que poder echar tierra a lo ocurrido! Nuevas cosas no buscan, porque aspiran a la vida beatífica que les brinda el espectáculo mortecino de nuestro país. Disponer a su antojo de presupuesto, lanzarse a las más audaces combinaciones, en medio de la irresponsabilidad absoluta; colocar a los amigos, a los familiares y a los posibles enemigos; dárseles de salvadores de la patria... es un seductor programa, sin necesidad de más. Lo que les falta es la sonrisa de unos pocos, que seguimos acumulando saliva, para cuando llegue el día; porque el día llegará, aunque no sé si yo lo veré. Va tardando mucho, y las malas pasiones constituyen el hábito más inextirpable. España es un país que fácilmente se acostumbra a la vileza, soportó a Fernando VII, a los inquisidores, la ley jurisdicciones, la ley de fugas, y no hay motivo para que no soporte esto muchos años.

Me dicen que el recurso de V. es muy seguro. Por lo visto, no tendrá el Supremo sino decir que V. tiene razón. A Ossorio² mismo no he podido verlo, porque el mismo día que llegó su carta se marchó de vacaciones. Otros amigos entendidos en leyes me han dado esa buena impresión. En cuanto regrese Ossorio me avisaré con él, y le escribiré. Lo que hay que pensar es lo que va a V. a hacer cuando le repongan en su cátedra. V. es muy tenaz y no va a querer volver. No puede imaginarse, sin embargo, cuán afligidos estamos unos cuantos de sus mejores amigos recordándolo ahí, en su ambiente que no se ha hecho para V., lejos de sus encinas, de sus piedras, incluso de sus manías salmantinas, sin gente que comprenda el hondo y sereno vibrar de su alma montañosa y de selva. Su obra será todo lo universal que quieran, pero V. es de nosotros y para nosotros, los españoles que sabemos sentir con lo que es alma de España. Bueno, me emociona esto mucho. Con toda el alma un abrazo de

Américo Castro

C4 68 bis 13

1. Término despectivo con que designa a Primo de Rivera

2. Ossorio y Gallardo (1873-1946), jurisconsulto, historiador y político español, Ministerio de Fomento, presidente del Ateneo de Madrid. Durante la Dictadura de Primo de Rivera, creó la Sociedad de estudios políticos, sociales y económicos, y al final se opuso a aquella. Fue miembro del Gobierno español en el exilio.

Madrid 23 de mayo de 1925.

Mi querido don Miguel: Habrá V. recibido las cartas de Ossorio. Dígame si quiere que vaya al Ministerio a preguntar por el expediente, para que digan si le dan o le quitan la razón. (¡Claro que se la quitarán!). Pero no quiero hacer gestión de ninguna clase sin estar autorizado por V.

Las cosas siguen igual, ya lo sabe. Ahora con lo del Marruecos francés estos sujetos están encantados, pensando que todos somos unos. La chulería y la mentira llegan al mayor grado alcanzado hasta ahora.

Se cuenta y no se acaba de lo acontecido recientemente en Sevilla. Ha rodado hasta la apariencia de decoro de ciertas damas. Debía ser eso el comienzo del fin, pero no hay nada, nada.

En la conferencia de Mario Gómez se dieron vivas a V. y a la República. Los estudiantes, —un buen número de ellos— se van calentando algo. Como no sea esa generación la que pinche al público dormido, no sé qué va a ocurrir. Mi esperanza está puesta en síntomas de autodescomposición, no muy claros aún, pero que tal vez cuando menos se piense hagan despanzurrarse a la vaca.

Lo terrible es que V. tenga que estar fuera de España. Me agobia y me duele su ausencia de modo indecible. Y al mismo tiempo V. es hoy nuestra conciencia, y España ve claro, en la zona en que no está muerta, que su ausencia es nuestra ausencia de la verdad y de la justicia. Si V. yaciera mudo y resignado en Salamanca, la sensación de que aquí no pasaba nada sería absoluta. Pero es un dolor que le haya tocado tan alta y tremenda misión. Sírvale de algo saber que su nombre está en todos los corazones no podridos, que no son pocos felizmente. Si esto tomara un sesgo medio razonable, y V. pudiera tornar ente nosotros dentro de poco, vería V. el camino que se ha abierto entre la juventud y entre el pueblo. Hoy es un símbolo su nombre; su palabra noble, en esas cartas admirables, circula y circulará, con gran rabia de muchos.

Mande algo a su devotísimo amigo que le quiere muy de verdad

A. Castro
C4 68 bis 14

[Fragmento de carta]

...riendo como gamos, acosados por hordas imbéciles, pero más valientes que nuestro aguerrido ejército.

Ya creo le han dicho que hablé con Alba¹ ahí, y estuvo muy injusto y pequeño de ánimo. Hasta llevó su pequeñez a decirme que V. estaba muy disgustado conmigo, todo ello con un aire de antiguo régimen sumamente ridículo. ¡Decirme a mí que soy un cuco, cuando vine a que me metieran en la cárcel! ¡Decirme que defendiendo el sueldo, cuando he perdido un año de paga por hablar mal en América de este Gobierno! Estoy expuesto a cada momento a que me encierren, porque sin ser político ni hacer nada, digo siempre lo que pienso, voy a discutir con la policía para que echen a la calle a gente injustamente detenida, escribo con mi firma a todo el mundo... Y él, que está ahí como un vulgar señorito de la Regencia; él, que yo he tratado porque en el fondo me parece una buena persona corrompida por la asquerosa tradición de nuestra política, y que a veces, ha tenido destellos de nobleza moral e intelectual, pero que ahora se me ha revelado como un despechado y un amargado, que escupe veneno... Mal va a ir a las cosas para él, aunque esto se arregle. ¿Quién ignora que ha sido amigo e intermediario del tal Pedraza? Y se atreve y que estoy defendiendo mi sueldo, y él se queda en París muy comodamente, haciendo una vida de crápula y juerga de baja estopa... Vamos D. Miguel, no hay derecho. Un hombre que no se ha atrevido todavía a poner su firma en ningún documento comprometedor ni definitorio de opiniones. Se reserva, se reserva... ¿para qué, para cuándo? Le dije, por teléfono, que cuándo iba a firmar el manifiesto republicano, y dijo que no se podía hablar de esas cosas por teléfono. *Risum teneatis?* Yo sí podía hablar que me venía a Madrid, y él no.

Para cuanto pueda serle útil mande a su devoto y cordial namigo

A. Castro
C4 68 bis 15

[Telegrama]

Lamento muy sinceramente la desgracia que le aflige

Muy afectuosamente

Américo Castro
2.2.4/27

1. Santiago Alba, político español que ocupó las carteras de Educación, Hacienda y Estado y fue presidente de las Cortes en la II República. Primo de Rivera publicó un manifiesto contra él; su proceso fue sobreesido en 1926.